

Y en el delirio encantado  
Que su espíritu enagena,  
Solo oye y vé á Valentina  
En todo cuanto le cerca.  
Valentina dice el aura  
Que en el espacio se aleja;  
Valentina dice el eco  
Que en el monte la remeda;  
Valentina en sus oídos  
Eternamente resuena;  
Y el nombre de Valentina  
Que en su redor gira y rueda  
En círculo eterno y mágico,  
En oscilación eterna,  
Dentro de su mente nace  
Y va á espirar dentro de ella.  
Tal es aquella voz mística  
Que del umbral de su puerta  
A su enojada pregunta  
Yo soy, GENARO, contesta:  
Todo esto es aquella voz  
Que inmóvil tras de la reja  
Embebecido le tiene  
Asido á entrambas vidrieras,  
Sin intención que le acuda,  
Sin voluntad que le mueva,  
Dudando si goza ó sufre,  
Si está despierto ó si sueña.  
De tan dulce desvarío,  
De fantasía tan bella  
Tras largo espacio, otro ruido  
Volvió á sentir en su puerta.  
Mas no retumbante golpe  
De otra aldabonada recia,  
No de quien entrar pretende  
Clara y perentoria seña;  
Sino crujido de gonces  
Sobre que las hojas ruedan,  
Rumor de quién fácilmente  
Abre voluntario y entra.  
Con grande asombro y pavor  
De la ventana por fuera  
Sacó Genaro á este ruido  
La desgredada cabeza,  
Tendió á la calle los ojos  
Por medio de las tinieblas,  
Mas retiróse al instante  
Apalancando las rejas.  
Volvió á ocultarse en su lecho,  
Y aunque enmudece su lengua,  
Y aunque el aliento recoge  
Bien se conoce que tiembla.  
Y bien se vé que sus ojos  
No engaña ilusión incierta,  
Porque un ánima medrosa  
Y una vigilancia atenta  
Ruido de pasos cercanos  
Fácilmente apercibieran,  
Y aun sospecharán que alguno  
Subía por la escalera;  
Mas no producen sentándose  
Aquellas pasos en ella  
Rumor que la ira en el hombre

Escita con la sorpresa.  
No es el recatado paso  
De quien caminando á tientas,  
Con taimadas intenciones  
Furtivamente penetra:  
No es de cobarde enemigo  
La desconcertada huella  
Que al mismo tiempo que avanza  
Preparada á huir se acerca:  
No son los pies de un ladrón  
Que aunque adelantan recelan,  
Sino la planta segura  
De quien francamente llega,  
Un paso medido y grave  
De planta firme y serena  
Pero no lenta y pesada,  
Sino fácil, leve, aérea.  
Al percibirla Genaro  
Vecina á su estancia mesma,  
Hundió sudando de espanto  
En las ropas la cabeza.  
Genaro! dijo la voz,  
Y con su armonía angélica  
Llenó el aposento opaco  
Vibrando en él duradera.  
Mas no respondió el mancebo,  
Porque su garganta seca  
Con el pavor de su alma  
A la palabra se niega,  
Genaro! tornó á decirle  
Otra vez y tan de cerca,  
Que ya en el cuarto inmediato  
Juzga afanoso que suena.  
Genaro! repitió al fin  
Aquella voz lastimera,  
Exhalando una armonía  
Tan melancólica y tierna  
Que á las entrañas llegaba:  
"¿Genaro mio! ¿en qué piensas?  
"¿Tanta mudanza en un día?  
"Hoy has dicho á mi cabeza:  
"Si fueras recuerdo suyo  
"Con qué afán te recogiera,  
"Y llevándote conmigo  
"Noche y día por do quiera,  
"De mi amor fueras testigo  
"Solitaria calavera,  
"Tú fueras mi único amigo,  
"Tú mi única compañera,  
"Esto me has dicho, Genaro,  
"En una ermita desierta;  
"Y cuando tu anhelo cumplo  
"¿Te asombras y no me esperas?  
"¿Te llamo y no me respondes?  
"¿Subo á encontrarte, y te encierras?"

Alzó la frente Genaro  
Tales palabras oyendo,  
Mas á nadie en torno viendo  
Volvióla en la ropa á hundir.  
Y á poco muy suavemente

Sintió (y con la sangre yerta)  
La mal encajada puerta  
De su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento  
Resbalar leve ropaje  
Y apartar el cortinaje  
De su lecho percibió.  
Y al misterioso contacto  
De aquel fantasma invisible,  
Cambio asaz inconcebible  
En todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos  
Con esquisita pureza,  
Y comprendió su cabeza  
Con cabal exactitud;  
Y exento de la locura  
Que su cerebro asaltaba,  
Por vez primera gozaba  
Perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento  
Sus potencias embargando,  
Fué poco á poco ocupando  
Su trémulo corazón,  
Hasta que el santo deliquio  
Cambiando su esencia impura,  
Niveló á la criatura  
Con la celestial vision.

Entonces de entre las ropas  
Donde ocultarse creía,  
Su sentido percibía  
Aunque imperfecto y mortal  
La suavísima fragancia,  
El delicioso perfume  
Que del Señor se consume  
En la mansion inmortal.

De sus rebujadas sábanas  
Por entre los claros hilos,  
Vian sus ojos tranquilos  
El mágico resplandor  
De la mística aureola  
Que la cabeza circunda,  
Y el alma de luz inunda  
De los santos del Señor.

Entonces puesto al alcance  
De aquella ilusión divina,  
De su hermosa Valentina  
Ante el espíritu fué.  
Y elevado hasta el deleite  
De su bienaventuranza,  
Su presencia real alcanza  
Aunque su esencia no vé.

Vago resplandor fosfórico  
Que el aposento ilumina,  
Del alma de Valentina  
Muestra la presencia allí.  
Resplandor leve y purísimo,

Sin foco de donde radie,  
No producido por nadie,  
Comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,  
Estendida y trasparente,  
Desvanecida igualmente  
Del aposento en redor.  
Que en ningún término espira  
Ni de ningún punto emana,  
De una tranquila mañana  
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,  
Bañado en su esencia pura,  
Un manantial de ventura,  
De positiva ilusión,  
Encuentra Genaro, y goza  
Dulcemente aquella esencia,  
Que presta nueva existencia,  
Nuevo sér al corazón.

En el espacio tranquilo  
De aquel éstasis solemne,  
Inesplicable, perenne,  
Prueba celestial placer;  
E identifica su alma  
Con el sér de Valentina,  
En cuya esencia divina  
Nada hay ya de la mujer.

Huyeron de sus afectos,  
Los deseos mundanales,  
Los deleites terrenales,  
La humanal inclinación.  
Del amor casto y angélico  
La llama que aun alimenta,  
De impuro vapor esenta  
No es llama de vil pasión.

Es de su esencia la parte  
Mas bella y mas necesaria,  
Como su fé solitaria,  
Eterna como su fé;  
Es un amor indeleble  
Que Dios conservar la quiso,  
Cuando su alma al paraíso  
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo  
En los deleites perfectos,  
En los divinos afectos,  
En la santa realidad,  
Embebecido Genaro  
En fruición misteriosa,  
Con Valentina reposa  
En invisible unidad.

¿Misterio que solamente  
Concebir Dios ha podido,  
Y á los justos concedido  
Únicamente por Dios!  
¿Mística unión de dos almas

En que sin violencia alguna,  
Gozan entrambas en una  
Todo el placer de las dos.

Y así las de Valentina  
Y Genaro se comprenden,  
Y solo á sí mismas tienden  
De sí mismas á gozar:  
Y así sin auxilio torpe  
De palabras ni sonidos  
Que toquen á los sentidos,  
Comunicanse á la par.

¡Ay, ¡y quién pudiera ahora  
Prestar á mi lengua humana  
La esplicacion soberana  
De esta palabra sin voz?  
¿Quién diera á mi voz terrena  
Y á mi miserable pluma,  
La santa elocuencia suma  
De esta palabra veloz?

¡Ah! yo revelara entonces  
En solo un breve momento  
Su divino pensamiento,  
Su concepto celestial;  
Y no como ahora tendria  
Que emplear largo periodo,  
Para darle de algun modo  
Una esplicacion mortal.

Mas ya que es de nuestra mente  
La comprension tan mezquina,  
Lo que en esta voz divina  
Oyó Genaro diré;  
No con los torpes sentidos  
De su inútil cuerpo impuro,  
Por el conducto seguro  
De su enaltecida fé.

“Vive, y espera: (esto dijo)  
“Tras esta vida azarosa  
“Otra vida hay mas dichosa  
“Y otro mundo en que vivir.  
“El reposo de un sepulcro  
“No es el fin que nos espera,  
“Esa es la puerta postrera  
“Para entrar al porvenir.”

“Tu adorada Valentina  
“Pasado su umbral alcanza  
“Sempiterna bienandanza,  
“Vida eterna de placer.  
“Dios por ella te perdona  
“De su justicia la duda,  
“Porque tu crimen escuda  
“La miseria de tu ser.”

“Vive, Genaro, y espera  
“Y por prenda de esperanza  
“De esa bienaventuranza,  
“De esa cierta eternidad,  
“De hoy mas, pues tú lo deseas,  
“La cabeza peregrina

“De tu amante Valentina  
“Consuele tu soledad.

“Mientras contigo la tengas,  
“Ese místico amuleto  
“De tu fé será en secreto  
“El irresistible imán.  
“La enseña de tu fortuna,  
“El iris de tu esperanza,  
“De tu cierta venturanza  
“El seguro talisman.”

Todo esto fué la palabra  
De aquella celeste voz,  
Que en un instante Genaro  
En su éstasis comprendió.  
Todo esto que torpemente  
Y en pesada confusion  
Con tan profanos periodos  
Pobremente he dicho yo,  
Claro, luminoso, armónico,  
Sabroso y consolador,  
Sin pasar por los sentidos  
Penetró en su corazon.  
Omnipotente palabra  
Del lenguaje creador,  
Que rejuvenece el mundo  
En los lábios de su Dios;  
De su enjendradora boca  
Celestial emanacion,  
De su lenguaje viviente  
Alito generador.  
Todo esto dijo la sábia  
Palabra de bendicion  
Que de la alma Valentina  
El espíritu echó.  
Todo esto escuchó Genaro  
En el término veloz  
Del misterio impenetrable  
De aquella revelacion.  
Y todo esto de tal modo  
Su espíritu estremeció,  
Desbordó su inteligencia,  
Y esprimió su comprension,  
Que sacudido hondamente  
Su cuerpo, no resistió  
De este esfuerzo sobrehumano  
La violenta crispacion.  
La fuerza con que su sangre  
Al pecho se le agolpó,  
De fiebre devoradora  
Con el insufrible ardor  
Le ahogó en la garganta estrecha  
La ardiente respiracion,  
La luz del celeste encanto  
De los ojos le robó,  
De los fallecidos miembros  
El estinguído vigor,  
Y todas sus facultades  
De tal modo anonadó,  
Que faltó quedó en su lecho  
De aliento y de sensacion.

Aun pudo muy débilmente  
Percibir el resplandor  
Que iluminaba el espacio  
Al huir la aparicion.  
Aun en su mente asombrada  
De su bella Valentina  
La purísima ilusion,  
Y aun su sien calenturienta  
Ligeramente oreó  
Al elevarse en los aires  
Con sus alas de crespon.  
Mas todas estas visiones  
Sin voluntad ni color,  
Cruzaron su fantasia  
En apiñado monton,  
Como vagabundas sombras  
De un sueño fascinador,  
Que se perciben apenas  
Desvaneciéndose en pos.  
Hasta que al cabo, volviendo  
A su reposo anterior,  
Cayó en un sueño tranquilo  
Poco á poco; y se volvió  
A oír en el aposento  
Del olvidado escultor,  
El monótono murmullo  
De su igual respiracion.

## VII.

Rayaba apenas en el cielo el dia,  
Y entre nubes de azul, púrpura y grana,  
La cenicienta claridad tendia  
De la primera luz de la mañana.  
Para gozar sus rayos bienhechores  
Entreabrian sus cálices las flores,  
Manso alzaban las ráfagas murmullo  
En la hojarasca espesa,  
Y á su tranquilo y deleitoso arrullo,  
Despertaban los tardos ruiseñores.  
Todo era calma, y resplandor, y vida  
Por la fértil llanura,  
Y la tierra en las sombras adormida,  
Tornaba á despertar juvenecida,  
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.  
Del oscuro aposento de Genaro  
Por la rota ventana,  
La claridad temprana  
Penetrando pacífica y tranquila  
Hirió, cobrando resplandor mas claro,  
Del desvelado mozo la pupila.  
¡Oh! y fatigado de nocturna vela  
Y por ensueño místico agitado,  
La recoge el mancebo alborozado,  
Con ojo avaro y delicioso empeño,  
Porque la vista de la luz consuela  
Las oscuras memorias de su sueño.  
Tendió á la reja el brazo,  
Y abriendo las maderas,  
Del cielo de Sevilla vió un pedazo  
Al mirar á traves de las vidrieras.  
Brotó en sus labios celestial sonrisa,  
Y la luz del placer brilló en sus ojos,

Y ante el único Dios sumo é inmenso,  
De quien la gloria y magestad divisa,  
Tras el azul estenso  
Postróse humilde y le adoró de hinojos.  
Llegó á él, embriagando sus sentidos  
El blando soplo de la fresca brisa,  
Y en ella los perfumes recogidos  
Al tocar, entre ramas olorosas  
Blancas acacias y encendidas rosas  
En los vergeles por abril floridos.  
Llegó á él el murmullo deleitoso  
De los copados árboles vecinos,  
Donde el gorrion inquieto y receloso,  
Pios lanzaba al son de la campana  
Que el alba anuncia, y á asistir convoca  
A la misa temprana,  
Y las pisadas rápidas ó graves  
De vecinos asaz madrugadores,  
Que abriendo puertas y volviendo llaves,  
Ya siervos, ya señores,  
Iban á sus recreos ó quehaceres,  
Cumpliendo su destino ó sus placeres.  
¡Hermoso dia! murmuró Genaro,  
Y al avanzar su cuerpo en la ventana,  
Todo en su mente despertóse claro  
El nocturno pavor, la bella historia  
De la vision aérea y soberana  
Que abrió en su corazon y en su memoria  
Un santuario al amor y otro á la gloria.  
Sintió dentro de sí, de fé sincera  
Y de noble ambicion brotar ardiente  
Un manantial inmenso;  
Y cual se lanza el águila altanera,  
Que los aires cruzando indiferente  
Busca ambiente mejor, mejor esfera,  
En que su osado corazon aliente,  
Así Genaro remontóse en alas  
De inspiracion valiente,  
Y por primera vez juzgó su pecho  
A su gran corazon ámbito estrecho  
Del sacro fuego á la insufrible llama  
Dentro dél se encendió la sed de fama;  
Se alzaron en un punto en su memoria,  
Fidias y Praxiteles,  
Coronados de gloria  
Y en tronos de laureles;  
Y al impulso violento  
De claro é inspirado pensamiento,  
Empuñaron sus manos los cinceles.  
“¡Sea! exclamó; de mi cincel fecundo  
Los vigorosos trazos  
Quiero que adore el asombrado mundo:  
Y aun cuando el fuego de mi amor ignore,  
Quiero que aborto de mis diestros brazos,  
La bella efigie de mi amor adore.”  
Y con osada mano  
Hiriendo al mármol mudo,  
Iba tornando en rostro soberano  
La tosca forma del peñasco rudo.  
Iban bajo el cincel apareciendo  
Los contornos suaves  
De la cabeza hermosa  
De una vírgen modesta y candorosa,

En cuya casta frente,  
 En cuyos labios que orla dulcemente  
 Sonrisa cariñosa,  
 En cuyos ojos que á la tierra inclina  
 Con modesta mirada,  
 Revelándose va la faz divina;  
 No como el débil escultor quisiera  
 De su hermosa y perdida Valentina,  
 Sino la faz modesta y venerada  
 De la madre de Dios inmaculada,  
 Y segun el contorno apareciendo  
 Iba del rostro santo,  
 Del profano escultor iba creciendo  
 El misterioso espanto.  
 La osada inspiracion su mano guia,  
 Mas el hierro á la mano no obedece,  
 Y rebelde el cincel á su porfia,  
 No traza los contornos que apetece,  
 Y la sagrada imágen de María,  
 De su hermosa en lugar solo aparece.  
 Pura, casta, esplendente, y perfectísima  
 La célica escultura,  
 Pieza salió maestra y hermosísima,  
 Desmintiendo de humana criatura  
 Ser obra, ó concepcion; soplo divino  
 Animaba su mármol insensible,  
 Y el rostro peregrino  
 Radiaba aun mas allá de lo creible  
 La virtud y pureza  
 Del ser hermoso de quien es trasunto  
 La marmórea cabeza,  
 Sin concepcion creada en solo un punto.  
 Contemplábalas trémulo el artista  
 Sin concebir apenas  
 El prodigio que alcanza con su vista,  
 Y sentia la sangre por sus venas  
 Abrasada correr, y allá en su mente,  
 Sentia al par bullir confusamente  
 Con íntima amargura  
 El fantasma fatal de su locura.  
 "Loco estoy, exclamó con voz rabiosa.  
 Sí, loco ¡vive Dios! pues ya no veo  
 Lo que hay delante de mi vista ansiosa  
 Ni mi mano incapaz es poderosa  
 De trazar mi recóndito deseo."  
 Y con el mudo mármol encarándose,  
 El cabello, y la faz, dijo, mesándose:  
 "Por qué, piedra traidora,  
 Lo que sin entusiasmo hice mil veces  
 Con mas profunda inspiracion ahora  
 Te marca mi cincel, no lo obedeces?  
 ¿Qué me importa esa obra peregrina  
 Que acaso me grangeara una corona,  
 Si no es lo que yo quiero una Madona,  
 Sino un retrato mas de Valentina?"  
 Y á impulso del coraje que le inflama  
 El profano deseo no alcanzado,  
 Dos encendidas lágrimas derrama  
 Que en el rojo carrillo  
 Le dibujan un sulco amoratado.  
 En esta situacion, y en tal momento  
 Le sacó de su amargo arrobamiento  
 El paso acelerado

De un hombre que subia  
 Por la escalera que á su estancia guia,  
 Y un acento para él bien conocido  
 Que gritaba su nombre y su apellido.  
 Lanzóse hácia la puerta,  
 Mas antes que llegára, el picaporte  
 Arrancado de un golpe, vióla abierta,  
 Y con galan y cortesano porte,  
 Traje vistiendo decoroso y rico  
 Presentóse á sus ojos Federico.

GENARO.

Federico!

FEDERICO.

Genaro!

LOS DOS.

Mas ¿qué es esto?

GENARO.

¡Tantas galas en tí!

FEDERICO.

¡Tú en tal pobreza!

GENARO.

¿Es ya muerta tu madre?

FEDERICO.

Por supuesto.

Mas viene de otra parte mi grandeza.  
 Pero á fé que me espanta y maravilla...  
 Genaro ¿esto es estudio ó es boardilla?  
 ¿De qué te sirven viajes y escultura?  
 ¿No se aprecian tus obras en Sevilla?  
 ¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza:  
 ¿Es especulacion ó es desventura?  
 ¿Qué te falta, Genaro?

GENARO.

¡Ay! la cabeza.

FEDERICO.

¿Otra vez?

GENARO.

Otra vez mi ruin locura  
 Me acosa mas terrible y mas funesta,  
 Federico, y morir solo me resta.

FEDERICO.

¿Morir? voto va Dios! y esa María  
 Que veo al concluir, del genio aborto,  
 Que la pasada edad envidiaría  
 Y que Canova contemplára absorto?  
 Genaro, esa Madona es un prodigio:  
 Quien puede con sus manos  
 Crear esos prodigios sobrehumanos,  
 Puede servirse de cinceles de oro,  
 Y en la historia dejar grande vestigio  
 Y abrir bajo sus plantas un tesoro.

GENARO.

Pura casualidad ¡ay Federico!  
 Eso, de quién encumbras la esclencia,  
 Una prueba es no mas de mi impotencia.  
 Un busto de mi amor hacer quería,

Y cuanto mas en ello me empeñaba  
 Mas la Madre de Dios aparecia  
 Y mas de Valentina se alejaba:  
 A la mano el cincel no obedecia  
 Y lo que quiso ser, fué.

FEDERICO.

Cosa brava!

Mas dime, aquella caja tan preciosa,  
 ¿Qué contiene?

GENARO.

¿Qué caja?

FEDERICO.

Esa que tienes

Al lado de tu cama.

GENARO.

No la he visto.

FEDERICO.

Tu locura á fé mia es muy donosa,  
 Con burlas te me vienes!  
 ¿La tienes en tu propia cabecera  
 Y no sabes siquiera  
 Lo que guardas en ella, vive Cristo?

GENARO.

No la vieron mis ojos hasta ahora,  
 Te lo juro en verdad.

FEDERICO.

Y cómo pesa! [tomándola].

GENARO.

Cielos y qué primor! qué encantadora  
 Labor! ponla por Dios sobre la mesa.

FEDERICO.

Abre bien la ventana.

GENARO.

¿Jesus, qué obra tan bella y tan prolija!

FEDERICO.

¡Ah, farsante Genaro,  
 Cuál se confiesa de tus manos hija  
 En el trabajo minucioso y raro!

GENARO.

Te juro, Federico...

FEDERICO.

Bah! no mientas,

¡Ola! y está á manera de santuario  
 Cerrada por doradas puertecillas.

GENARO.

¿Qué mezcla de materias opulentas!  
 El ébano, el marfil, la concha, el oro....

FEDERICO.

Genaro, esta cajita es un tesoro,  
 Ahora ya concibo tu pobreza:  
 Dentro de esta cajita has apilado  
 Cuanto oro con tus obras has ganado:  
 Abrola, pues, veamos tu grandeza.  
 Y con dulce sonrisa esto diciendo

Federico á la caja abrió el candado  
 Y el ojo ansioso á su interior tendiendo  
 Quedaron sin aliento una gran pieza;  
 Y al dar Genaro en tierra desplomado  
 Esclamó Federico: "¡es su cabeza!"

Pálido, roto el aliento  
 En la mal cerrada boca,  
 Inmóvil como una roca  
 El pobre escultor quedó:  
 Y en la cabeza fijando  
 La sorprendida mirada,  
 En sonora carcajada  
 Federico prorumpió.

¡Válgate Dios por amante  
 (Siguió diciendo á Genaro)  
 Que ha de ser pobre es bien claro  
 Quien su hacienda emplea así.  
 ¡De plata has hecho su busto!  
 ¡Ya se vé! para fundirla  
 Tuviste que reunirla  
 Viviendo en Sevilla así.

¡Voto á San Judas, Genaro,  
 Que es una insigne locura  
 Gastar en una escultura  
 Un hombre todo su haber!  
 Si el afán de esta memoria  
 Aun te atormentaba el pecho,  
 De mármol hubieras hecho  
 El busto de esa mujer.

¿Qué mas vale esa memoria  
 Hecha en plata que en madera?  
 ¿Su imágen misma no fuera  
 Leño, mármol ó metal?  
 Así Federico hablaba,  
 Mas Genaro no le oia,  
 Que el alma absorta tenia  
 En el busto celestial.

Y era en efecto su busto,  
 Era su imágen divina,  
 De la hermosa Valentina  
 Completo el trasunto fiel.  
 Era su busto hechicero  
 Labrado en maciza plata,  
 Cuyo primor le arrebató  
 Obra de inmortal cincel.

Jamas del hombre impotente  
 Acertó á crear la mano  
 Portanto tan soberano  
 De retrato mas cabal.  
 Nunca el pensamiento pobre  
 De sér de mujer nacido  
 Concebir ha conseguido  
 Ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones  
 En la argentina cabeza;